

"EL MEJOR AUTOR DE NOVELAS HISTÓRICAS" -STEPHEN KING

WILBUR SMITH



EL NUEVO REINO

CON MARK CHADBOURN



emecé grandes novelistas

Wilbur Smith
con Mark Chadbourn

El nuevo reino



emecé
grandes novelistas

Los dos hombres treparon por la alta pendiente bajo la atenta mirada de los dioses. En la cumbre, el paisaje yermo se extendía, plateado por la luz de la luna y tallado por las sombras. Soplaban una brisa fresca del este, cargada con los aromas terrenales de la exuberante vegetación que crecía junto al Nilo.

Eran amigos desde el principio de sus días. De los dos, Hui era el más valiente. Vestía solo un faldellín de lino, que lo envolvía y lo anudaba en la cintura, para dejar descubiertas las piernas, que se veían fuertes y duras. En Lahun, el hogar que habían dejado atrás con la puesta del sol, muchos todavía lo consideraban un niño. Hui culpaba de eso a sus rasgos juveniles, que aún brillaban con inocencia: mejillas un tanto regordetas, sin arrugas de preocupación alrededor de la boca ni en la frente. ¡Un niño! ¡Tenía diecisiete años! Arrugó la nariz. Pronto iban a descubrir esos difamadores que estaban equivocados.

—¿Lo ves? —dijo Kyky con voz trémula.

Su apodo significaba ‘mono’, porque se asemejaba a uno de esos seres, con brazos delgados que parecían llegar casi hasta las rodillas, y un rostro pequeño con grandes ojos oscuros.

Hui se llevó un dedo a los labios. Agachado, estiró el cuello para mirar las estrellas que cruzaban el cielo. Sí, los dioses siempre estaban mirando, todos, hasta los más tontos, lo sabían. Tembló bajo el peso de esas miradas brillantes.

Le esperaba un gran destino, si esas fuerzas poderosas así lo querían, y esa noche daría su primer paso por ese camino hacia la gloria.

Los espeluznantes ladridos que habían oído mientras subían

volvieron a resonar, más cerca esta vez, y su corazón latió con más fuerza.

Hui miró a su alrededor, a la irregular línea dentada de las rocas en las colinas donde había seguido los senderos de los antiguos caminantes del desierto, a las ondulantes arenas del desierto hacia el oeste. Al dirigir su mirada hacia el este, pudo distinguir el tenue destello del Gran Río que reflejaba todas esas estrellas titilantes en lo alto.

Se escuchó de nuevo aquel aullido como de otro mundo, casi a su lado esta vez, y Hui se puso de pie de un salto.

—¿Qué es eso? —quiso saber Kyky en tono de lamento. Agarró el hombro de Hui, con sus ojos muy abiertos.

Hui dejó escapar lo que esperaba que fuera una risa reconfortante.

—No tengas miedo, amigo mío.

—Tú nos arrastraste a este lugar solitario, lejos de la seguridad de nuestros hogares, ¿y ahora me dices que no tenga miedo? —balbuceó Kyky—. Los ancianos en los bancos junto a las murallas dicen que las colinas están embrujadas. Que los demonios andan por aquí.

Hui disimuló su desdén cuando Kyky señaló con un dedo tembloroso. Una silueta se elevaba detrás de un grupo de oscuras rocas. Un par de cuernos puntudos salía de la cabeza. Unos ojos fríos y brillantes los miraban fijamente. El aullido lastimero volvió a escucharse.

Kyky se agarró la cara y gimió:

—Oh, Hui, nos has condenado.

Hui se puso tenso. Debía mantenerse firme, aunque le temblaran las piernas, pues eso es lo que hacen los grandes líderes.

La silueta se alzó aún más hasta que la luz de la luna borró la oscuridad de ella, y Hui se aflojó aliviado. Aquellos cuernos eran en realidad las orejas largas y puntiagudas, con la cara estrecha y los almendrados ojos de los felinos. Era un gato del desierto. Había visto uno de ellos alguna vez antes, pero le habían dicho que ladraban como perros en lugar de ronronear o maullar.

Hui se golpeó los muslos con las manos, mientras se sacudía de la risa, y luego arrojó una piedra para asustar al gato.

—Nos asustamos de las sombras —dijo riéndose entre dientes.

—¿Y eso está mal?

—Esta es una noche para cosas trascendentales...

—Una noche en la que los tontos reciben su merecido, más bien.

—Kyky pateó el suelo y levantó un pequeño remolino de arena a modo de desafío—. Lo más probable es que nos degüellen y nos dejen como un banquete para los buitres.

Hui no podía contradecir tal cosa. Pero mostró una cara alegre para tranquilizar a su amigo.

—Cantarás otra canción diferente cuando regresemos con un regalo de los dioses.

—Si es que volvemos.

—¡Ánimo, Monito! —dijo Hui mientras ponía un brazo sobre los hombros de su amigo—. ¡Deja rugir ese fuego que tienes dentro! Esta noche tu vida cambiará. —Cuando vio que Kyky arrugaba la nariz, se apresuró a agregar—. Para mejor, por supuesto. Las chicas caerán de rodillas ante ti, rogándote que las tomes. Los matones que te han atormentado toda tu vida inclinarán la cabeza en deferencia. Serás un rey entre los hombres. Disfruta este momento.

Kyky sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Deberíamos regresar.

Hui sonrió para ocultar su frustración. Tenía que seguir tratando de persuadirlo.

—¿Y perder un premio tan supremamente valioso? —Se subió a una roca y señaló las estrellas—. «Un fuego ardiendo que atravesó el cielo». Eso es lo que dijo el viejo caminante del desierto. Donde se estrelló contra la tierra, la arena se convirtió en vidrio y en el centro de un enorme cráter había una piedra negra. La Piedra Ka, la llamó el caminante del desierto. No las Piedras Ka que se dejan en las tumbas, no. Es una piedra llena de la esencia de los dioses. Pues, él mismo me lo dijo, tenía poderes mágicos. Algunos dicen que podría hacer que un hombre volara con los pájaros, si recitara las plegarias adecuadas. Otros dicen que hace vivir a los fantasmas de aquellos a los que se les niega un lugar en el más allá...

—Algunos dicen, algunos dicen. —Kyky se paseaba impaciente—. ¿Y por qué ese viejo caminante del desierto no se beneficia de esa magia? Porque se la robaron, se la arrancaron de los dedos muertos cuando todos los hombres que caminaban a su lado fueron asesinados. —Kyky alzó las manos por el aire—. ¡Robado por los Verdugos del Desierto! Los bandidos más sanguinarios de todo Egipto. Y ahora tú quieres robarles la piedra a ellos. Es una locura. ¿Por qué te habré hecho caso esta vez?

Hui se dio vuelta, fingiendo buscar la huella por entre el revoltijo de roca y polvo. Kyky estaba cansado e irritable por la caminata, pero había verdad en sus palabras. Hui no podía negar que se había estado tragando su propia aprensión, que en ese momento revoloteaba en su vientre como un pajarillo. A pesar de toda su bravuconería, conocía muy bien los riesgos. Robar a un ladrón era una cosa. Para colarse en el campamento de los Verdugos del Desierto y robar su posesión más preciada... bueno, Kyky tenía razón esta vez. Eso era una locura.

«Mantén la calma —pensó Hui—. Eres valiente».

Hui volvió a levantar los ojos al cielo y buscó entre las constelaciones hasta que encontró a los Cuatro Hijos de Horus... allí, tal como su padre le había señalado cuando era niño. Su guía. Su destino. Se sintió reconfortado.

Volvió a pensar en las blancas murallas de Lahun, cuando conoció al solitario caminante del desierto que pedía pan para llenar su estómago vacío. Envuelto en negras vestimentas, con un turbante que le cubría la cabeza, el hombre tenía un rostro tan azotado por el viento y quemado por el sol como los desiertos por los que se movían esos habiru. A cambio de un pedazo de pan duro, le había contado a Hui sobre la Piedra Ka y el ataque a su caravana. Los ojos de Hui se iluminaron cuando escuchó el potencial de ese relato. Puede que no fuera nada, por supuesto. Aquellas tribus de caminantes del desierto amaban sus cuentos. Pero si era verdad, los dioses le ofrecían a Hui la oportunidad de apoderarse de algo más grande que cualquier cosa que jamás él hubiera conocido: para él mismo, para su padre y su familia, para Lahun.

No se atrevió a hablar de eso abiertamente. Su padre, Khawy, lo habría enviado a su habitación: los peligros eran demasiado grandes. Los bandidos habían dejado huellas de sangre por todo Egipto. Sin embargo, él imaginaba el campamento de los Verdugos del Desierto en las colinas, lleno de niñas para ser vendidas como esclavas, y grandes tiendas repletas de inimaginables botines producto de sus incursiones a lo largo del Nilo, al sur de Dahshur. Los bandidos sin duda estarían borrachos, celebrando su gran éxito y disfrutando de la certeza de que eran los bendecidos por los dioses. Borrachos y durmiendo la mona, demasiado atontados como para notar que unas pequeñas ratas recorrían sus tiendas para quitarles su gran premio.

Hui saltó de su roca.

—Los corazones tímidos nunca ganaron nada grande. Pero si deseas dar marcha atrás, no seré yo quien te lo impida.

Kyky miró colina abajo hacia el desierto vacío.

—¿Solo?

—O puedes seguirme hacia un gran destino. Piensa... un regalo de los dioses mismos. ¿Cuántos grandes honores le serán concedidos al hombre que lleve una cosa así a Lahun? Pues, hasta el mismo faraón haría brillar su magnificencia sobre un héroe como ese. O héroes.

Kyky inclinó la cabeza, indeciso.

—Estoy contento con mi suerte. Eso de héroe suena como un título peligroso. No, dime una vez más qué podemos ganar arriesgando nuestros pescuezos. Algo que pueda tener en mis manos.

—Riquezas que superan tus fantasías más locas. Algo tan divino, tan raro, que será codiciado por grandes y poderosos hombres en todos lados. Pagarán lo que sea por poseerlo. Es por eso que los caminantes del desierto lo tomaron primero. Por eso los Verdugos del Desierto se lo robaron. Aprovecha este momento, Kyky, y seremos los hombres más ricos y honorables de todo Lahun. Nunca más vas a desear nada. No hay premio más valioso en todo el mundo.

Antes de que Kyky pudiera decidir, Hui escuchó pasos que se les acercaban. Sacó su arma de hoja corta de entre los pliegues de su

faldellín. No tenía idea de cómo usarla para defenderse, pues nunca había estado en una pelea en su vida. Rogó que el destello de la luz de la luna sobre el cobre fuera un disuasorio suficiente.

Kyky dejó escapar un gemido tembloroso.

Una silueta surgió de la noche y, con un escalofrío de alivio, Hui vio que era Qen.

—¡Hermano! —gritó—. ¿Estás tratando de matarnos del susto?

—Baja la voz —espetó Qen.

Cuando el recién llegado se detuvo ante ellos, Hui vio que los ojos de su hermano mayor se movían en todas direcciones, muy abiertos por el miedo. Había estado explorando el camino por delante una vez que estuvieron acercándose al campamento de los bandidos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Hui.

Qen le agarró el brazo.

—Debemos regresar.

—¿Vienen los Verdugos del Desierto? ¿Conocen nuestro plan? ¿Nos van a destripar para que nos coman los buitres? —el pánico envolvía las palabras de Kyky.

—Ven conmigo.

Qen giró sobre sus talones y corrió de vuelta por sobre las piedras, esta vez manteniéndose agachado.

Hui sintió que el nudo de aprensión dentro de él se tensaba más. Qen era más alto que él, y delgado como una aguja, con mejillas huecas que hacían parecer que no había ingerido una buena comida en varios días. Pero cuando sonreía, su rostro se iluminaba y todos a su alrededor se sentían envueltos en la alegría. Tenían el mismo padre, pero diferentes madres. Khawy había tomado primero a la madre de Qen, Isetnofret, un arreglo por razones políticas, y ella también le había dado una hija, Ipwet. Hui la quería mucho. Pero Khawy estaba enamorado de Kiya, la madre de Hui, que había muerto al darlo a luz. Eso explicaba por qué los dos hermanos no se parecían en nada. Y también eran de carácter diferente. Qen era duro como las rocas que sobresalían en aquella ladera, inflexible cuando deseaba algo. Y su esbelta figura escondía una fuerza poderosa. Cuando eran más

jóvenes, Hui lo había visto derribar a dos matones, golpeando la cabeza de uno de los jóvenes varias veces contra la pared de la casa de su padre hasta que le rompió la nariz, los labios le quedaron hechos pulpa y le arrancó la mitad de los dientes. Qen también tenía coraje. Cuando algo le molestaba, lo prudente era cuidarse de él.

Hui y Kyky siguieron a Qen, los tres corrieron juntos como lo hacían desde que eran niños. Hui confiaba en ellos más que en nadie en el mundo, los únicos hombres a los que estuvo dispuesto a contarles aquella gran aventura. Apenas habían pasado algún día separados en toda su vida. Alguna vez habían correteado por las calles de la Ciudad Alta con sus látigos, peleándose por los bolos. En ese momento eran aspirantes a ladrones y a héroes. Sentían que era natural estar allí juntos esa noche.

Adelante, Qen aminoró el paso y se detuvo en el comienzo de un sendero que iba por un barranco entre dos rocas imponentes. Miró hacia arriba.

Hui siguió la mirada de Qen. Dibujadas contra aquel cielo estrellado, se movían algunas siluetas; eran seis, aparentemente flotando sobre el suelo. Revoloteaban con el viento que soplaba en esas tierras altas.

Al principio, a Hui le costó entender lo que estaba viendo. Kyky, sin embargo, soltó otro ahogado gemido. Dirigió su mirada hacia arriba, hacia esa imagen, como si estuviera rezando para estar equivocado, antes de apartar la cabeza horrorizado.

Hui se adelantó hasta quedar junto a su hermano. Unidos en silencio, miraban.

Seis cuerpos colgaban de una cuerda tendida entre las dos rocas.

Los buitres y los milanos ya se habían hecho un festín con la suave carne de los rostros. Perfectamente limpios, los pómulos y las mandíbulas brillaban a la luz de la luna, y las filas de dientes amarillentos sonreían en muecas. Pero fueron las cuencas huecas, profundas y negras como los pozos de Duat, el infierno egipcio, que los miraban considerándolos indignos, lo que los llenó por completo de terror.

Kyky se dejó caer de rodillas y se retorció las manos.

—Los Verdugos del Desierto tienen poca consideración por las almas de sus víctimas —murmuró Qen.

Tenía la mirada fija en las sombrías cuencas de la más cercana visión de tormento.

—Una advertencia —replicó Hui.

Y el mensaje era claro. A los extraños solo les esperaba la muerte.

* * *

Chispas doradas se arremolinaban al subir hacia el centelleo de las constelaciones en el cielo. Aunque el viento de la noche azotaba la fogata en un último rugido, las llamas comenzaban a extinguirse, el rojo de las brasas brillaba entre oleadas de ceniza gris. En la vacilante luz color ámbar, se hinchaban unas cuantas tiendas altas y cuadradas. Se escuchó un sollozo que salía de ellas, sin duda de alguna de las cautivas, sofocado tan repentinamente como comenzó.

Bajo la luz de la luna llena, el campamento de los Verdugos del Desierto dormía.

Una voluta de humo hizo que los ojos de Hui se llenaran de lágrimas. Pudo percibir la fragancia dulzona del estiércol de oveja y la paja que servían de combustible para el fuego. ¿Cuánto tiempo había estado acostado boca abajo sobre aquella losa de piedra, observando el campamento de los bandidos, con Kyky y Qen apenas atreviéndose a respirar a su lado? Una eternidad, parecía. Pero el momento tenía que ser el preciso, aunque le dolieran las costillas y las rodillas y los codos sufrieran de tanto deslizarse como víboras por el suelo duro para evitar ser descubiertos por la luz de la luna.

Egipto había sido alguna vez el imperio más grande de la tierra, Hui había escuchado a su padre, el gobernador, decirle a uno de los dignatarios visitantes. Pero en ese momento estaba sitiado por chacales por todos lados, y la buena gente vivía con miedo constante. Su rey no tenía heredero ni la fuerza para mantener unida a la Gran Casa de Egipto, y en el caos, un falso faraón había surgido como retador Nilo

abajo. Sus soldados dominaban allí. En el oeste, los libios dominaban el terreno junto con los caminantes del desierto, los habiru, pícaros y asesinos todos. Extranjeros, no egipcios. No tenían sitio en estas tierras y nunca lo tendrían. Y en el este los bárbaros, los hicsos, ponían a prueba la determinación de los defensores de Egipto con sus sangrientas bandas armadas. Hui había escuchado muchas historias de esos aterradores guerreros. Rezó para nunca tener que enfrentarse a uno.

Pero parecía, al escuchar a su padre, que eran los Verdugos del Desierto quienes provocaban el mayor temor.

Estas bandas de ladrones, cada una dirigida por su propio jefe, aterrorizaban a lo largo y a lo ancho del Nilo. Atacaban en plena luz del día, incluso golpeando dentro de la sombra de las murallas de la ciudad, matando a todo hombre, mujer o niño que se interpusiera en su camino. Tomaban lo que querían con impunidad, para desaparecer en el desierto y allí planear su próxima incursión. Khawy había lamentado la debilidad de los funcionarios de palacio que parecían incapaces de hacer algo para llevar a los Verdugos del Desierto ante la justicia.

—Los Verdugos del Desierto son una fuerza en la tierra que rivaliza con el Estado mismo. Nadie se atrevería a desafiarlos —había susurrado Khawy—. No tienen misericordia, ni compasión. Esos bandidos asesinos degollarían a sus propias madres si eso les resultara útil.

Y ahí estaba Hui, atreviéndose a desafiarlos. Quizás Kyky tenía razón al decir que era un tonto. Pero, sin embargo, la sola idea de la riqueza que caería en sus manos una vez que hubiera regresado con la piedra Ka, la gran casa que iba a poseer, incluso más grande que la de su padre, el ejército de esclavos, la tierra, la adoración... Para una vida así valía la pena cualquier riesgo.

Una tienda era más grande que las otras. Se alzaba cerca del fuego para que las llamas mantuvieran caliente al ocupante en las guardias de la noche. Aunque parecía gris a la luz de la luna.

Hui la imaginó de un suntuoso color púrpura, una residencia digna de cualquiera que fuera lo suficientemente poderoso como para

liderar estos flagelos del desierto. Un pendón ondeaba sobre ella. Rayas negras recortadas sobre un campo de color. ¿Rojo sangre? Eso es lo que él habría elegido.

Al lado de la tienda del líder había una más pequeña, aunque de todos modos más grande que los lugares de descanso de los combatientes. Seguramente allí debía ser donde los Verdugos del Desierto guardaban su botín, lo suficientemente cerca como para que el jefe supiera si alguno de sus hombres intentaba robar algo para sí. Entonces ahí era donde tenían que ir. Hui extendió un dedo para indicar un sendero hacia esa tienda entre las más pequeñas.

—Por favor —susurró Kyky—, pensémoslo de nuevo.

—Eres libre de volver con tu madre —dijo Qen con una voz tan helada como el agua de un río profundo—. Que ella te seque las lágrimas de bebé.

Hui apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Este no es el momento de dar marcha atrás, Monito —susurró—. No cuando el más glorioso de los tesoros está casi en nuestras manos.

El rostro de Kyky se veía color ceniza a la luz de la luna, la mirada fija. ¿Sería capaz de superar su terror y hacer lo que se esperaba de él? Hui no estaba seguro.

Volvió a pensar en esa espeluznante exhibición de las víctimas ahorcadas de los Verdugos del Desierto, y volvió a sentir que el hedor de la podredumbre lo ahogaba.

A Hui el corazón le latía con fuerza en su interior, y el nudo en el estómago le provocaba náuseas. Su plan había parecido infalible allá sentados a la sombra de un entoldado en el techo de la casa de su padre en Lahun.

—No somos luchadores —espetó Kyky—. Somos unos tontos que nos reímos demasiado, que nos caemos cuando estamos borrachos y siempre les decimos las palabras equivocadas a las chicas.

«Tiene razón», pensó Hui. Pero esa era su única oportunidad de convertirse en otra cosa.

Pobre Kyky, siempre intimidado por los demás. El corazón de Hui

sufría por él. ¿Qué derecho tenía él para someter a su amigo a más sufrimientos que los que ya había sufrido en su corta vida? Mientras se arrastraban por el polvo, Hui miró a Qen.

Qen se alzó sobre los codos, su rostro enrojecido, desafiante.

—Mi madre me dijo que los dioses tienen un plan para cada hombre —señaló. Sus palabras sonaban enfáticas y duras—. Lo revelan, no con un trueno, sino con la lentitud del viento al descubrir una placa de oro enterrada en la arena. Es fácil pasar por alto ese mensaje, y así es como lo prefieren los dioses, pues quieren que los hombres estén atentos a su presencia en todo momento. Estamos en una bifurcación del camino. Uno de ellos conduce a nuestro destino. El otro es un sendero en el que los dioses nos castigarán por nuestra ceguera. En él solo nos espera trabajo y sufrimiento hasta el día de nuestra muerte.

Hui sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. En efecto, así era como se sentía, aunque nunca hubiera sido capaz de expresarlo de manera tan elocuente, ni de enmarcarlo en la sabiduría de la madre de Qen, Isetnofret.

Qen miró a ambos.

—Este es nuestro momento.

Hui asintió.

—Depende de nosotros. Una vida de trabajo o una vida de alegría.

—¿Me aseguras que esta es la decisión correcta? —intervino Kyky.

—No tengo ninguna duda —respondió Hui.

De todos modos, con el campamento tan cerca, era imposible negar la realidad de lo que estaba por venir.

La fogata crepitaba.

«El sendero se bifurca. El sendero del destino».

Hui entrecerró los ojos para evitar el humo y vio a un guardia encorvado junto a una duna movida por el viento. Al parecer estaba solo. ¿Por qué debería haber más de uno? Nadie en su sano juicio atacaría a esta banda de degolladores.

El guardia estaba tan inmóvil como una de las rocas de la ladera, las piernas recogidas, la frente descansando sobre las rodillas. Estaba dormido. Los dioses les sonreían.

Qen miró a la luna.

—Demasiado brillante. Bien podríamos haber llegado al mediodía.

—Al mediodía, nuestros anfitriones no estarían durmiendo, borrachos —replicó Hui—. Era esta noche o nada.

Habían llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás. Pronto sabrían qué plan tenían los dioses para ellos.

Hui miró un rostro y luego otro, para después, con un movimiento de cabeza, avanzar arrastrándose, sin apartar los ojos del centinela dormido. Sentía que Qen y Kyky lo seguían.

Aunque le ardían los codos y las rodillas, se arrastraba a paso lento, tan silencioso como una tumba. Los Verdugos del Desierto podían estar borrachos, pero los pícaros como ellos siempre dormían con una oreja atenta y una mano en la espada.

Hui se deslizó hasta una franja de sombra de luna que se extendía por un borde del campamento, se detuvo y esperó a que Qen y Kyky se unieran a él. Se escuchó un ronquido que salía del interior de la tienda más cercana.

Se llevó la mano a la oreja para oír mejor. Tenían que estar alerta ante el más mínimo ruido de agitación.

Aquel era el momento de mayor peligro.

La sangre le latía en las sienes mientras se arrastraba por el borde de la tienda, manteniéndose agachado. Al final de un laberinto de cuerdas y estacas, la fogata parpadeaba más abajo y el círculo de luz naranja retrocedía. No había nadie moviéndose.

Pronto Hui estuvo agachado frente a lo que estaba seguro era la tienda del botín. Cuando supo que solo reinaba el silencio en el interior, tomó las tres correas de cuero que ataban las solapas de la tienda para mantenerlas cerradas y con hábiles movimientos las desató.

Podía sentir los ojos de Qen y Kyky sobre él. Se armó de valor y apartó la solapa.

Un rayo de luz del fuego moribundo atravesó la oscuridad dentro de la tienda. Cestas de juncos bien tejidos, altas hasta la cintura, se apilaban contra una cantidad de vasijas de barro. Una de las canastas rebosaba de amuletos de plata y placas de cobre, relucientes collares

con incrustaciones de lapislázuli y diademas con gemas arrancadas a las víctimas femeninas más ricas de estos asaltantes. Una de las tapas de las vasijas de barro se había movido, y en su interior Hui pudo ver grano. El rico aroma del aceite flotaba en el aire. Los bandidos podían intercambiar todo lo que había allí por cualquier cosa que sus corazones desearan.

Hui se deslizó hacia el interior. Qen y Kyky lo siguieron.

Hui dejó la solapa un poco abierta para que el resplandor del fuego iluminara su búsqueda, y se deslizó entre el botín. Qen se movía constantemente de una canasta a otra, levantando cada tapa y mirando su interior.

Kyky se demoró en la entrada de la tienda, ignorando las frenéticas señales de urgencia de Hui. El Monito señaló una canasta. Estaba iluminada por el haz de luz ámbar que atravesaba el hueco en las solapas de la tienda, casi como si los dioses la hubieran iluminado para ellos. La cesta estaba aislada con un espacio a su alrededor, una extraña disposición en medio del montón de piezas del botín.

Hui vio lo que Kyky había notado. La cesta había sido colocada allí con cuidado, y dejaba un espacio libre para que el contenido pudiera ser inspeccionado fácilmente. Hui le sonrió a su amigo. Kyky siempre había sido el más inteligente. El corazón de Hui latió con fuerza cuando su mano se acercó a la tapa del recipiente. Tal vez era su mente supersticiosa, pero sintió que una fuerza fría irradiaba de la cesta. La piel de los antebrazos se le erizó hasta convertirse en carne de gallina, y por un momento temió la sola idea de levantar la tapa y mirar algo que había tenido contacto con los dioses mismos.

Levantó con cuidado la tapa.

No hubo un destello de luz, ni un trueno. Pero mientras Hui fijaba la vista en las sombras, sintió susurros en su cabeza, voces extrañas que hablaban en un idioma que él no reconocía pero que parecía cargado de un terrible significado. Este era el lugar correcto.

A la vez que susurraba una plegaria, metió una mano temblorosa en el interior. Sus dedos rozaron algo duro, envuelto en lo que parecía el lino más suave.

De repente, Hui percibió un movimiento con el rabillo del ojo en el fondo de la cesta. Con un grito ahogado, se echó hacia atrás.

Una forma sinuosa salió disparada del oscuro interior. La encapuchada cabeza de una cobra se balanceaba delante de él, adornada con joyas negras y plateadas, que brillaban a la luz del fuego. Una lengua bífida salió veloz de una boca abierta de par en par, con unos colmillos que brillaban llenos de veneno.

El miedo paralizó a Hui, hipnotizado por la flexibilidad de los movimientos ondulantes de la serpiente. Había visto a un hombre morir en una lenta agonía por una mordida de esas afiladas fauces.

Kyky susurró una advertencia, agitando las manos en dirección a la entrada de la tienda. ¡Su grito involuntario! Había sido demasiado confiado, y eso los condenaba a los tres.

Hui se dejó caer echándose hacia atrás. La cobra atacó, pero esas mandíbulas salvajes se cerraron en el aire. Hui pateó y la canasta crujió al salir disparada. La serpiente voló con ella. Lo último que se vio de ella fue su cola enroscada, que brillaba como metal fundido mientras se escondía por entre los oscuros recovecos.

Metió la mano hasta el fondo de la canasta y Hui arrancó el tesoro de esa profundidad. Tenía que estar seguro. Quitó el lino y levantó una roca de intenso color negro con bordes dentados, más o menos del tamaño de la cabeza de un hombre. Los ojos del muchacho brillaron asombrados y se quedó boquiabierto, mirándola, pero solo por un fugaz momento. Hui envolvió la Piedra Ka y la apretó contra su pecho y se dirigió a las solapas de la tienda. Afuera se podía escuchar el eco de los gritos y los silbatos que resonaban en todo el campamento. En el momento en que salieran y se hicieran ver, los Verdugos del Desierto caerían sobre ellos. Pero tampoco podían esperar allí donde estaban. La tienda del botín sería el primer lugar donde los bandidos irían a buscar.

—Eres un idiota —le reprochó Qen—. Nos has matado a todos.

—Vamos —exhortó Hui—. Los dioses nos protegerán.

Pasó por delante de los otros dos y se metió en la noche llena de humo.

Con solo una mirada, la sangre en sus venas se convirtió en agua helada. A su alrededor salían cabezas de las tiendas, con el último vestigio del sueño apartado en un instante. Algunos Verdugos del Desierto daban vueltas de un lado a otro, buscando la causa del ruido que los había perturbado.

Otros ya tenían sus espadas de bronce en la mano y se dirigían a la tienda donde se almacenaba el botín. Cuando uno de ellos vio a Hui y la Piedra Ka, su rostro se iluminó con sorpresa, para de inmediato retorcerse con furia. Un grito de alarma salió de su boca elevándose al cielo. Y entonces el campamento estalló lleno de vida salvaje, como un activo hormiguero que ha sido perturbado.

Hui avanzó. Su camino a través del campamento parecía despejado. Una oportunidad, entonces, aunque fuera mínima.

Hui saltó sobre las cuerdas de las tiendas sin dejar de correr. Sus pies bailaban esquivando las estacas, el instinto lo mantenía avanzando sin detenerse.

Alguien estaba gritando que habían sido asaltados, que la Piedra Ka había sido robada. Se produjo un nuevo estallido de ira.

Detrás de él, Kyky gemía como el vapor que escapaba de una olla tapada y burbujeado en el hogar.

En el momento que cruzaba el límite del campamento, Hui escuchó un golpe y un grito. Se dio la vuelta y vio que no era el Monito, sino Qen quien había caído. Kyky estaba por delante de su hermano, y frenó hasta detenerse y dio media vuelta.

Un grupo de Verdugos del Desierto se iba reuniendo y sus siluetas se recortaban sobre la fogata en el fondo. Las brillantes espadas lanzaban destellos. Su rugido se fusionó en un solo bramido, como una hambrienta bestia gigante dispuesta a llenarse la barriga.

Qen luchaba por ponerse de pie mientras la horda avanzaba.

¡El hermano de Hui! ¡Su hermano, a quien amaba más que a nada!

Antes de que Hui pudiera moverse, Kyky retrocedió de un salto sobre los traicioneros vientos de las tiendas, agarró a Qen por la mu-

ñeca y tiró del hombre caído hasta que estuvo de pie. Qen se levantó con fuerza, tambaleándose en los brazos del Monito.

Pero era demasiado tarde. Los Verdugos del Desierto estaban casi sobre ellos.

Por un breve instante, Qen y Kyky se miraron a los ojos. Hui no pudo saber en qué consistió esa comunicación silenciosa entre ellos, tal vez una frase de agradecimiento por la amistad que habían compartido, tal vez un reconocimiento de que iban a enfrentar juntos a la muerte, hermanos en todo aunque no en la sangre.

Qen agarró los hombros de Kyky, en lo que debió ser un abrazo final... y luego lo hizo girar y lo empujó hacia los atacantes.

Hui no salía de su asombro. Qen nunca antes había mostrado cobardía, ni desprecio por cualquier otra vida, ciertamente no la de un amigo tan cercano como si fuera un pariente.

—Hermano, ¿qué has hecho? —susurró Hui para sí mismo, tratando de entender lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

Siempre había admirado a Qen, por su valentía y por su fuerza.

¡Pero este no era el hermano que él conocía!

Kyky se dio vuelta, agitando los brazos. Hui vio el rostro de su amigo que se arrugaba de horror al darse cuenta de su destino.

Hui dio medio paso adelante para ayudar y luego se detuvo. ¿Qué podía hacer? No había nada que hacer.

El Monito se enganchó un pie en una cuerda y cayó de espaldas. Los Verdugos del Desierto se abalanzaron sobre él, aullando.

Mientras trataba de alejarse, Hui sintió un espasmo de repugnancia. Los gritos de su amigo se mezclaban con los aullidos de victoria. Pusieron a Kyky de pie. Un brazo musculoso le envolvía la garganta, listo para partirle el cuello. Le agarraron las muñecas y tiraron hacia atrás, y las puntas de las espadas se apoyaron contra su pecho para atravesarlo rápidamente cuando fuera el momento.

Qen corrió hasta quedar al lado de Hui. No se atrevió a mirar a su hermano. Y cuando Qen lo agarró del brazo para arrastrarlo lejos, Hui retiró la mano. Estaba congelado, incapaz de huir y dejar a su amigo librado a su suerte, sabiendo que seguramente moriría si se quedaba.

Los Verdugos del Desierto parecían sentir su sufrimiento. Las sonrisas se encendían en sus caras y su paso se hizo más lento una vez que estuvieron seguros de dominar la situación mientras avanzaban con Kyky en medio de ellos. Burlándose. Instando a Hui y a Qen a que se acercaran a ellos.

—¡Deténganse!

La voz retumbó por todo el campamento y todos los hombres se quedaron en silencio. Los Verdugos del Desierto se detuvieron a un tiro de lanza de distancia de donde estaban Hui y Qen.

La horda de Verdugos del Desierto se abrió para dejar un camino libre. Hui vio a alguien que avanzaba por ahí. Alto y delgado, su piel estaba bronceada hasta parecer de caoba por el sol del desierto. Hui miró esos ojos negros y la nariz picuda y vio sangre de habiru en él. El hombre sonrió, sus dientes blancos brillaron entre las cerdas negras de su gruesa barba rizada.

Cuando el hombre se detuvo junto al tembloroso Kyky, habló.

—¿Sabes a quién has desafiado? —La voz sonó con arrogancia. Aquel era un hombre que nunca había sido confrontado—. Me llamo Basti el Cruel, y llevo ese título por una buena razón.

Hui sintió que la sangre se le escapaba. Conocía ese nombre y la reputación que iba con él. ¿Quién en Lahun no lo conocía? La sangre de mil hombres manchaba las manos de Basti. Durante más de cinco temporadas, este líder de aquellas aves rapaces había destruido caravana tras caravana que traían el comercio desde el este. Basti había asaltado las minas de cobre y pasado por la espada a todos los mineros, y había sacrificado a tantos esclavos en las fértiles haciendas a lo largo del Nilo que los mismos campos se habían teñido de rojo. Y una vez que hubo matado a esos trabajadores, quemó las cosechas sin otra razón que la destrucción. Después solo crecerían malas hierbas allí; eso fue lo que dijeron los mercaderes cuando llegaron a Lahun.

«El Cruel». Un título apropiado.

—Deja libre a mi amigo —gritó Hui. Le temblaba la voz.

—Déjalo —susurró Qen—. Él ya está muerto. Pero nosotros podemos todavía salvar el cuello. Somos mucho más rápidos que los

pesados Verdugos del Desierto, y ellos lo saben. Somos más jóvenes y cargados con más fuego que ellos. Si nos escapamos corriendo ahora, nunca nos atraparán.

Cuánta frialdad mostraba su hermano. Hui nunca antes lo había oído hablar así.

Basti pronunció una orden y el brazo en la garganta de Kyky lo soltó. Basti lo reemplazó con su espada curva. La hoja cortó la piel, y apareció una burbuja de sangre. Kyky comenzó a sollozar.

—Dame el objeto que tienes en tus manos y seré generoso —continuó el señor de aquellas aves rapaces.

El bulto envuelto en tela seguía en manos de Hui.

El líder de los Verdugos del Desierto era lo suficientemente sabio como para darse cuenta de que los dos jóvenes ladrones le llevaban ventaja. Qen tenía razón; su juventud les daba una velocidad que estos saqueadores ya no poseían. Podían desaparecer fácilmente en la oscuridad de la noche del desierto. Y Basti nunca volvería a ver su tesoro. De modo que se preparó para regatear.

—Los dejaré vivir a todos, y serán libres de alejarse de aquí. Este no es un ofrecimiento que le haya hecho a ningún otro enemigo —agregó Basti—. Y les permitiré a cada uno llevar consigo una bolsa de plata, para que todos sepan que la crueldad puede ser templada con la amabilidad. —Sus labios se curvaron en una sonrisa tensa que no contenía calidez alguna.

La boca de Hui estaba tan seca como la arena que los rodeaba. No confiaba ni por un instante en este bandido sediento de sangre. ¿Pero qué podría él hacer? Vio las lágrimas que brillaban a la luz de la luna en las mejillas de su amigo, y trató de imaginar qué terribles pensamientos estarían dando vueltas en la cabeza de Kyky en ese momento.

Hui estiró los brazos con el paquete, sintiendo el peso de la Piedra Ka que contenía.

Basti sonrió. Movié la cabeza y dos hombres se adelantaron para recoger su regalo de los dioses. Hui pronunció una oración silenciosa a los dioses para que los salvara. Debía correr, lo sabía, pero no podía apartar la mirada del rostro aterrorizado de Kyky.

A su lado, pudo sentir que su hermano se movía, tal vez sintiéndose culpable por el acto cobarde que había cometido.

—No tengo más remedio que entregar la Piedra Ka —murmuró Hui.

Como Qen no respondió, Hui le lanzó una mirada. Una mirada extraña y desenfocada flotaba en los ojos de su hermano.

De repente, como ataca una enorme serpiente, Qen se abalanzó sobre él. Agarró la Piedra Ka y la arrancó de las manos de Hui. Este pensó que su hermano iba a devolverles ese tesoro a los Verdugos del Desierto a cambio de su libertad. Pero, en lugar de eso, Qen giró sobre sí y partió veloz para salir del campamento.

—¡Tontos! —bramó Basti—. Esto no es un juego.

Con un movimiento rápido de su mano, pasó el filo de su espada sobre el cuello de Kyky. Brotó la sangre. El amigo de Hui dejó escapar ruidos de ahogo, sus piernas se aflojaron, y cayó entre aquel grupo de saqueadores, evitándole así a Hui el horror de verlo morir.

Hui sintió una oleada de desesperación que creyó que lo volvería loco. En ese momento Basti levantó la mano y la estiró bruscamente hacia adelante, y aquellos Verdugos del Desierto se lanzaron adelante como una jauría de perros liberados por su amo, ladrando y aullando, dominados por la sed de sangre.

Hui giró sobre sus talones y partió veloz. Apenas pudo distinguir la silueta gris de Qen que desaparecía en el páramo y corrió tras él.

Lo único en que Hui podía pensar en medio del torbellino de su dolor era que Kyky era el más valiente de todos. Y Hui, con su cobardía, lo había matado.

Pero entonces el impulso desesperado por sobrevivir lo atravesó y corrió lo más rápido que pudo, sus pensamientos desaparecieron alejados por la locura del miedo. Los ruidos salvajes del grupo de cazadores atronaban a sus espaldas, asesinos que no iban a descansar hasta verlo muerto.

* * *